

AMIGOS ANÓNIMOS

Por Samtepec

En la tarde tuve que ir al cajero de Santander que está en Plaza Aragón, queda como a tres kilómetros de mi casa; siempre camino para llegar allá. Por los torniquetes de Ciudad Azteca, tengo que cruzar por el metro para llegar al otro lado de la Avenida Central, escuché la voz gruesa de un hombre que gritaba: «¡Flaco!, ¡flaco!, ¡flaco! ...», fue hasta la cuarta vez que volteé para ver a quién le hablaban. Junto al policía que cuida la entrada estaba parado un hombre alto, con facciones toscas, calvo de la frente, pero con el cabello de atrás largo y pintado de café claro, pupilentes verdes, sandalias, pants ajustados, ombliguera roja, y el brazo que no cargaba una bolsa morada se movía de izquierda a derecha para saludarme. Me aseguré de que fuera yo al que se dirigía y después le respondí el saludo con la palma de mi mano derecha y moví la cabeza hacia arriba, no me acerqué porque siempre desconfío cuando alguien que no conozco me habla en la calle. «¿Quién chingados era? ¿Me confundió con alguien? ¿Me estarán siguiendo?», me pregunté mientras intentaba recordar su rostro. Fue cuando estaba en la fila del cajero que recordé quién era.

Cuando trabajaba de noche en una gasolinera, de domingo para lunes, a las 4:45 de la mañana, pasaba un Atos blanco a cargar cincuenta pesos de magna. En el asiento trasero iba ella. Las primeras veces me incomodaba que, cuando yo estaba limpiando el parabrisas (aunque sólo cargaba cincuenta, el conductor me dejaba cinco pesos de propina), ella se recargaba sobre el respaldo del copiloto y me veía fijamente mientras yo quitaba la combinación de agua con Fabuloso. Hubo una tarde que los jugueros me dejaron una botella de ese líquido que te dan la prueba en los tianguis o en las gasolineras, según ellos es de producción artesanal y por eso te lo dan a ese precio. Lo bebí durante la madrugada; mis labios se pintaron de morado y provocó la cara de sorpresa de la pasajera nocturna, o madrugadora, que me miraba como los gatos miran a las aves. No sé si fue por la

pintura en mis labios, pero esa madrugada ella se bajó del Atos y me preguntó que, si podía pasar a los baños, le dije que sólo tenía que empujar la puerta del baño de mujeres y encender la luz. Al ver que era una mujer que medía como 1.85 metros y usaba un vestido verde y sus tacones azules subían su estatura como a 1.90, me recordó al luchador andrógino que sale en la película llamada "Santa Sangre". «Flaco, ¿no tienes papel que me vendas?» «Sí, ten, agarra el que quieras» «Gracias, flaco, nos vemos», así fueron todas nuestras conversaciones a partir de que comenzó a pasar al baño.

Creo que fue un domingo por la noche que jugaron la final los pumas y los tuzos del Pachuca. Esa noche me tocó trabajar solo porque mi compañero les iba a los pumas y se fue a festejar el triunfo de su equipo. Todo había estado tranquilo hasta que entró una camioneta blanca, como a las 4:30 de la mañana, de esas que traen guacales y verdura en la caja; eran comerciantes. «Échale noventa y cinco y me checas la llanta de atrás del lado izquierdo», me dijo el que venía del lado del copiloto mientras se bajaba con caguama en mano. Dejé la llanta a 50 libras y le cobré. «Su billete de cien es falso», pensé y no dude en mostrarle dónde se veía que era un papel sin valor. Fue con los otros dos que venían en la camioneta y regresó conmigo para decirme que tirara paro, que yo podía sacar el billete bien fácil con otro cliente, que él había trabajado de lo mismo, que era lo único que traían. Estuve a punto de decirle que ya me lo diera y que se fueran, porque recordé que al día siguiente yo tenía examen a las tres en la FES Aragón y me había quedado de ver con una compañera que me gustaba a las doce para estudiar, no quería llegar con golpes en el rostro con ella, en verdad me agradaba, pero a veces gana esa voz que te dice: «Nel, estos culeros son pamboleros borrachos que siempre se quieren pasar de lanza». Cuando los acompañantes vieron que no le acepté el billete se bajaron, y el que venía sentado en medio dijo: «Mijo, le estamos diciendo por las buenas y se pone pendejo, al chile hasta lo vamos a robar por no agarrar el pedo». Los tres se acercaron a mí y, como el cangrejo que se defiende del humano, fui retrocediendo por donde estaban los tanques para descargar la pipa, por si tenía que correr hacia el canal, como lo había hecho otras veces. «Qué pasó, flaco, ¿un

paro o qué?», se escuchó una voz fuerte que hizo voltear a los tres aficionados pumistas. «Me quieren dar un billete falso y dicen que yo soy el que me pongo pendejo», respondí y sujeté el codo de fierro que une las mangueras de la pipa con el tanque, «Págale, güero, ¿o quieres que me empute y me quite los tacones? Si me los quito no va a ser en balde» «Cincho, le dije que sí le iba a pagar, pero se altera tu valedor», contestó el que tenía la caguama en la mano mientras sacaba monedas de su cangurera. Me pagaron con monedas de cinco pesos y se fueron. «No te dejes flaco, nada más son vergueritos que andan pedos, de esos me cojo a cada rato, ja, ja, ja. Nos vemos», fue lo único que me dijo cuando salió del baño. Salí de trabajar y llegué a mi casa a escuchar música, hice tiempo para llegar puntual con la compañera que iba a estudiar, pero me recosté como a eso de las nueve y media de la mañana y, cuando desperté, ya eran las cinco de la tarde. La dejé plantada y no hice el examen, intenté quedarme de ver con ella otro día, pero puso pretextos, no insistí porque desde la secundaria la he cagado de formas similares cuando me gusta alguien.

Varios años después no pude agradecerle lo que hizo por mí esa madrugada, pero me alegra que él-ella me haya reconocido. Es agradable pensar que yo era su 'crush' de ese tiempo y sólo pasaba al baño para saludarme. También imagino que en otra realidad vi cómo les puso sus putazos a los verduleros y sí llegué a estudiar e hice el examen, que desde ese día comencé una relación que ha durado hasta estos días, que cuando escucho al tren fantasma de madrugada no se encoge mi estómago.

En esta vida es común olvidar a los amigos anónimos que encontramos por el camino.